

Roger Zelazny

# DILVISH

## LA TIERRA CAMBIANTE

Solo un hombre venido  
del infierno puede llegar  
al castillo Intemporal  
atravesando la vorágine  
de sueños del dios loco.



Cuando Dilvish consiguió escapar del infierno, juró vengarse del mago que lo había arrojado allí. Pero Jelerak, señor del Castillo Sin Tiempo, había desaparecido. Alrededor del castillo, la Tierra cambiante era una pesadilla viviente que acechaba a todo aquel que se atreviera a internarse en ella, desatando la magia incontrolable de su creador, el dios loco Tualua. Y ahora un grupo de magos y hechiceros se disponía a entrar, tratando de hacerse con los arcanos secretos encerrados entre sus muros. La situación, pensó Dilvish, era un completo desastre.

A Stephen Gregg, Stuart David Schiff y Lin Carter, quienes, por ese orden, hicieron volver a Dilvish de las tierras brumosas; y a la sombra de William Hope Hodgson, que se unió a la fiesta trayéndose a algunos amigos.

## 1

Los siete hombres tenían grilletes alrededor de las muñecas, grilletes a los que estaban sujetas unas cadenas. Cada una de ellas estaba unida a una argolla clavada a las viscosas paredes de la estancia de piedra. Una única lámpara de aceite ardía débilmente en una pequeña hornacina situada a la derecha del umbral de la entrada, que estaba en la pared opuesta. Varios pares de cadenas y grilletes colgaban aquí y allá de las altas paredes. El suelo estaba mugriento y cubierto de paja, el olor era intenso. Todos los hombres tenían barba y vestían harapos. Sus pálidos rostros estaban surcados por profundas arrugas. Tenían los ojos clavados en la entrada.

Ante ellos se manifestaban siluetas brillantes que bailaban o cruzaban el aire vertiginosamente, atravesaban los gruesos muros y, de cuando en cuando, aparecían en cualquier otra parte. Algunas de ellas tenían formas abstractas, otras se asemejaban a objetos naturales (flores, serpientes, pájaros, hojas) aunque rayando en la caricatura. Un pálido remolino verde nació y murió en la esquina izquierda de la estancia, delante de la puerta, y derramó una horda de insectos sobre el suelo. De pronto, se oyeron raspaduras entre la paja provocadas por pequeñas criaturas que se apresuraron a devorarlos. De alguna parte más allá del umbral llegó una risa apagada, a la que siguió una serie de pisadas irregulares que se acercaban.

El joven llamado Hodgson, que habría sido un hombre apuesto de estar más aseado y menos enflaquecido, se apartó el pelo largo y castaño de los ojos sacudiendo la ca-

beza, se humedeció los labios con la lengua, y dirigió una mirada intensa y fulminante al hombre que estaba a su derecha.

—Queda poco... —susurró con voz ronca.

—Ha pasado más tiempo del que creerías —dijo el hombre de aspecto sombrío—. Me temo que va llegándole la hora a uno de ellos.

Un hombre rubio que se hallaba más a la derecha se puso a gemir en voz baja. Otros dos conversaron entre susurros.

Una inmensa mano con forma de garra, entre púrpura y grisácea, apareció en el umbral, agarrando algo a su derecha. Los pasos cesaron, pero les siguió una respiración profunda y una risa estridente. El hombre calvo y todavía gordo que estaba a la izquierda de Hodgson soltó un chillido.

Una enorme y sombría figura apareció en el cerco de la entrada, y sus ojos (amarillo el izquierdo, rojo el derecho) absorbieron la luz de la trémula lamparilla. El aire de la estancia, ya de por sí helado, se volvió más gélido aún mientras la silueta avanzaba tambaleante; la pierna izquierda, terminada en pezuña y descoyuntada hacia atrás, iba repiqueteando sobre la piedra que había debajo de la paja; el pie derecho, ancho y palmeado, le colgaba inerte de una pierna gruesa y tan ancha como el pie al tiempo que se iba acercando a la entrada. Cuando se balanceaba hacia delante, sus largos y musculosos brazos rastrillaban el suelo. Mientras inspeccionaba a los prisioneros, el tajo que tenía en el rostro casi triangular se ensanchó hasta cobrar la forma de algo que parecía una sonrisa, y reveló una fila de dientes amarillentos.

Aquello avanzó hasta el centro de la estancia y se detuvo. Una lluvia de flores cayó a su alrededor y las apartó como si le incordiaran. Carecía completamente de pelo y su piel tenía el tacto del cuero, moteada de escamas en algunas partes. Parecía no tener un sexo definido. Su lengua,

que proyectó de repente hacia fuera, era bífida y del color del hígado.

Los hombres encadenados guardaron silencio y se quedaron inmóviles en sus forzadas posturas, mientras esos ojos de distintos colores los examinaban una vez, y otra...

Y entonces la cosa se movió con increíble rapidez. Dio un salto hacia delante y extendió el brazo derecho de golpe para agarrar al hombre gordo que había gritado antes.

Una única sacudida liberó al hombre de sus cadenas y lo hizo chillar espeluznantemente. Entonces la boca de la criatura se cerró en torno a su cuello y el grito murió con un gorgoteo. El hombre se retorció durante un tiempo y después se quedó flácido entre sus garras.

La criatura gorjeó también cuando levantó la cabeza y, después, se pasó la lengua por los labios. Los ojos se volvieron hacia el lugar donde había apresado a su víctima. Despacio, se pasó la carga al brazo izquierdo y alargó el derecho para recoger el brazo de la víctima, que aún colgaba dentro del grillete que oscilaba en la pared. No prestó ninguna atención a otros restos más pequeños que quedaban en el suelo.

Se dio la vuelta y se dirigió hacia el umbral arrastrando los pies, royendo el brazo mientras caminaba. Parecía ignorar el pez brillante que flotaba en el aire y las visiones que se abrían y se cerraban como pantallas deslizantes, arriba, abajo, a su alrededor: muros de fuego, árboles finos como agujas, torrentes de agua turbia, campos de nieve derretida...

Los prisioneros que quedaban escucharon los pasos estruendosos y vacilantes de la criatura que se alejaba. Por fin, Hodgson se aclaró la garganta.

—Bien, este es mi plan... —empezó a hablar.

Semirama se acuclilló sobre el saliente de piedra del pozo e inclinó su cuerpo hacia delante, apoyando las manos en el borde; al hacerlo, la docena de brazaletes que llevaba en sus extremidades superiores brillaron bajo la luz morteci-

na. La mujer tenía el cabello largo y negro, perfectamente recogido. Vestía una ligera prenda amarilla. La habitación era cálida y húmeda. Sus labios fruncidos despidieron una serie de gorgoritos. Los esclavos, que contenían el aliento, iban apoyando las palas en distintos puntos cerca del pozo. Media docena de pasos detrás de ella y otros tantos más a la derecha, se encontraba Baran el de la Tercera Mano: un hombre alto con el cuerpo en forma de barril, los pulgares engarfiados en el cinturón de tachuelas, barbudo, con la cabeza inclinada hacia un lado como si hubiera entendido solo a medias los sonidos que emitía la mujer. Pero sus ojos, al igual que muchos de sus pensamientos, no se apartaban de las nalgas a medio descubrir de Semirama.

*Qué lástima que sea tan necesaria para la operación y que yo no le importe un comino, dijo para sí. Qué lástima que tenga que tratarla con cortesía y respeto, en vez de, digamos, tratarla con insolencia y violarla. Trabajar con ella sería mucho más fácil si fuera, no sé, fea. Aun así, me alegra la vista y, quién sabe, a lo mejor algún día...*

Ella se giró sobre sus talones y dejó de producir los sonidos que habían llenado la fétida estancia. Baran arrugó la nariz cuando una corriente de aire trajo consigo ciertos olores. Todos esperaron.

Se comenzaron a oír chapoteos en el fondo del pozo y algún esporádico golpe seco que hizo vibrar el suelo. Los esclavos retrocedieron hasta pegar sus espaldas contra la pared. En alguna parte de debajo del techo empezaron a formarse copos incandescentes. Sacudiéndose el vestido, Semirama trinoó unas notas agudas. El fuego dejó de caer enseguida y algo dentro del pozo gorjeó a modo de respuesta. La estancia se volvió mucho más fría. Baran suspiró.

—Por fin —profirió él en un soplo.

Los sonidos no dejaron de emerger del pozo durante un largo rato. Semirama se irguió para iniciar una respuesta o una interrupción. Sin embargo, su réplica fue ignorada y aquellos sonidos seguían ahogando los suyos. Los golpes

recomenzaron y una lengua de fuego se elevó del pozo, se agitó y volvió a caer, todo en cuestión de segundos. Un rostro (alargado, retorcido, angustiado) había aparecido durante un instante en medio del resplandor anaranjado. Semirama se apartó del pozo. Un sonido semejante al tañido de una enorme campana llenó la habitación. De pronto, empezaron a caer cientos de ranas: saltando unas sobre otras, algunas cayeron dentro del pozo, otras escalaron y descendieron por las montañas de excrementos con las que los esclavos habían estado trabajando y, finalmente, escaparon por el pasadizo. Un bloque de hielo más grande que dos hombres juntos se estrelló contra el suelo.

Semirama se incorporó lentamente, dio un paso atrás y se volvió hacia los esclavos.

—Seguid con el trabajo —ordenó.

Los hombres vacilaron. Baran se adelantó presuroso, agarrando el hombro y el muslo más cercanos que encontró. Levantó al hombre del suelo, lo empujó hacia delante, al borde del pozo, y lo hizo caer en él. El grito que siguió a la caída no duró mucho.

—¡Recoged esa mierda! —gritó Baran.

Los demás volvieron al trabajo sin rechistar y empezaron a recoger los hediondos montículos rápidamente, tirando el material dentro del oscuro agujero.

Baran se dio la vuelta cuando la mano de Semirama cayó sobre su hombro.

—La próxima vez trata de controlarte —lo reprendió—. La mano de obra es algo muypreciado.

Baran abrió la boca, volvió a cerrarla, y asintió rudamente con la cabeza. Cuando ella hablaba remitían los chapoteos más ruidosos, los trinos cesaban.

—Por otra parte, a lo mejor ha disfrutado de la diversión. —Una sonrisa se dibujó en sus labios carnosos. Le soltó el bíceps y se arregló el vestido.

—¿Qué... qué es lo que ha dicho esta vez?

—Ven —dijo ella.



Rodearon el pozo, evitando el bloque de hielo que se derretía, y atravesaron el pasadizo hasta una galería de techo bajo. Semirama cruzó por ella hasta llegar a una ventana amplia junto a la cual se detuvo y se puso a contemplar el paisaje brillante de la mañana a través de la niebla. Él la siguió y se quedó a su lado, con las manos cruzadas en la espalda.

—¿Y bien? —preguntó Baran por fin—. ¿Qué es lo que tenía que decir Tualua?

Semirama no dejó de observar los colores vibrantes, las rocas que se transfiguraban más allá de los bancos de niebla.

—Se trata de un ser completamente irracional —dijo al fin.

—¿Se enfada?

—A veces. Va y viene, pero no es lo importante. Forma parte de su condición. Los de su naturaleza siempre han tenido una vena de locura.

—Entonces todos estos meses... ¿en realidad no buscaba castigarnos?

Ella sonrió.

—No más de lo habitual —puntualizó Semirama—. Pero los aprendices siempre se han cuidado de su hostilidad hacia el hombre.

—¿Cómo consiguió doblegarlos entonces?

—Hay fortaleza en la locura, además de capacidad para encontrar nuevos métodos con los que afrontar los problemas.

Baran empezó a golpear el suelo con el pie.

—Eres nuestra experta en Dioses Antiguos y los de su clase —siguió finalmente—. ¿Cuánto durará esto?

Ella agitó la cabeza.

—No hay forma de saberlo. Podría ser para siempre, podría terminar ya mismo... o cualquier opción entre medias.

—¿Y no hay nada que podamos hacer para... acelerar su recuperación?

—Quizá se vuelva consciente de su enfermedad y él mismo proponga una cura. A veces ocurre.

—¿Ya tuviste este problema con él, en los viejos tiempos?

—Sí, y el procedimiento fue el mismo. Tuve que hablar con él a menudo, intentar que se pusiera en contacto con su otro yo.

—Mientras tanto —replicó Baran—, podría matarnos en cualquier momento: sin los aprendices, sin poder controlar su magia.

—Es posible. Tenemos que permanecer alerta.

Baran resopló.

—¿Alerta? Si se levanta contra nosotros no hay nada que podamos hacer, ni siquiera huir. —Hizo un gesto dramático mientras miraba la panorámica que se desplegaba bajo la ventana—. ¿Quién podría atravesar los páramos?

—Los prisioneros lo consiguieron.

—Pero eso fue antes, cuando el efecto no era tan fuerte. ¿Acaso querrías salir ahí fuera?

—Solo si no hubiera alternativa —contestó Semirama.

—Y el espejo, como muchos otros tipos de magia, no funciona bien ahora —añadió Baran—. Ni siquiera Jelerak puede llegar hasta aquí.

—Es posible que tenga otros problemas ahora mismo. Quién sabe.

Baran se encogió de hombros.

—Sea como sea —prosiguió—, el resultado es el mismo. Nadie puede entrar o salir de aquí.

—Y sin embargo, apuesto a que hay muchos intentando entrar o salir. Este sitio tiene que parecer la oportunidad de su vida para cualquier mago que esté ahí fuera.

—Bueno, lo sería... si alguien pudiera tomar el control. Está claro, nadie del exterior tiene forma de saber lo que va mal. Sería un riesgo.

—Pero un riesgo menor para los que nos encontramos aquí dentro, ¿verdad?

Él se pasó la lengua por los labios y se volvió para mirarla.

—No estoy seguro de entender lo que quieres decir...

Justo entonces un esclavo que venía del establo cruzó con una carretilla cargada con estiércol de caballo. Semirama esperó a que se hubiera ido.

—Te he observado —dijo ella—. Puedo ver dentro de ti, Baran. ¿Crees de verdad que puedes proteger este lugar de tu maestro?

—Se está equivocando, Semirama. Ya ha perdido parte de su poder, y Tualua otro tanto de lo mismo. Creo que se puede hacer, pero no puedo hacerlo solo. Hacía muchísimo tiempo que no lo veía tan debilitado.

Semirama se echó a reír.

—¿Y tú hablas de tiempo? ¿Tú hablas de su poder? Yo ya caminaba por este mundo cuando era un lugar mucho más joven. Reiné en el Tribunal Supremo del Oeste en Jandar. Conocí a Jelerak cuando luchó contra un dios. ¿Qué son tus escasos siglos para hablar de tiempo?

—El dios lo derrotó y lo destrozó.

—Y aun así sobrevivió. No, alcanzar tu sueño no te sería una tarea fácil.

—Supongo que entonces no te interesa —comentó Baran—. Muy bien. Recuerda tan solo que hay una gran diferencia entre un sueño y un acto. Yo no he hecho nada contra él.

—No tengo ninguna necesidad de informarle de cada palabra frívola que intercambiamos —le espetó ella.

Baran suspiró.

—Te doy las gracias por ello —respondió—. Pero tú fuiste una reina. ¿No anhelas volver a tener ese poder?

—Me harté del poder. Me siento agradecida de estar viva de nuevo. Eso sí se lo debo.

—Te hizo venir solo porque necesitaba a alguien que pudiera hablar con Tualua.

—Sea como sea...

Se quedaron de pie durante un momento, mirando fijamente a través de la ventana. Las nieblas se disiparon y vislumbraron varias figuras oscuras luchando sobre un resplandeciente lecho de arena. Baran hizo un gesto cerca de la esquina derecha de la ventana y la imagen voló hacia ellos hasta que dio la impresión de que estaba a solo a unos pasos de distancia: dos hombres y un caballo de carga se hundían en el suelo.

—No paran de llegar —apreció Baran—. Esa oportunidad de la que hablabas... Apuesto a que esos son un mago y su aprendiz.

Mientras miraban, una horda de escorpiones rojos, cada uno del tamaño del pulgar de un hombre, se escabullía por la arena hacia las siluetas que luchaban. Al verlos, el primero de los hombres que se estaba hundiendo hizo un gesto lento y prolongado. Un círculo de fuego surgió alrededor de las figuras. Los arácnidos avanzaron más despacio, retrocedieron y comenzaron a rodear el perímetro del círculo.

—Sí, ese hechizo ha funcionado... —asintió Baran con la cabeza.

—A veces funcionan —puntualizó Semirama—. La energía de Tualua se está liberando bajo unos patrones muy erráticos.

Después de un tiempo, los artrópodos terminaron abalanzándose sobre las llamas, los cuerpos de los que perecían servían de puente a sus compañeros. El mago que se hundía volvió a hacer un gesto y volvió a surgir otro círculo de fuego dentro del primero. Eso consiguió ahuyentar a los escorpiones una vez más, pero por un periodo mucho más breve que el anterior. Repitieron el asalto al fuego y empezaron a cruzar también esta barrera. Para entonces, otros tantos estaban ya cruzando la arena para unirse a la primera oleada. El mago alzó su mano una vez más e inició otro

gesto. Las llamas brotaron en el comienzo de un tercer círculo. En ese momento, sin embargo, las nieblas que se dispersaban volvieron a oscurecer la visión.

—¡Maldición! —exclamó Baran—. Justo cuando se estaba poniendo interesante. ¿Cuántos círculos más crees que conseguirá levantar?

—Cinco —contestó ella—. No le queda espacio para más.

—Yo habría apostado por cuatro, pero quizá tengas razón. Estaba un poco distorsionado.

En la lejanía se oyó el débil sonido de un golpeteo intenso.

—¿Cómo era? —preguntó él un rato después.

—¿El qué?

—Estar muerta. Que te convocaran después. Nunca hablas de ello.

Ella desvió la mirada.

—¿Piensas acaso que pasé ese tiempo en un horrible lugar como el infierno? ¿O a lo mejor en un lugar de placer y deleite? ¿O que ahora para mí es todo sombrío, onírico? ¿O por el contrario que no hubo nada? ¿Una negrura vacía?

—Todas esas posibilidades se me han pasado por la cabeza. ¿Cuál de ellas tuvo lugar en realidad?

—La verdad..., ninguna —respondió—. Sufrí varias reencarnaciones: algunas de ellas muy interesantes, otras bastante tediosas.

—¿De veras?

—Sí. En el pasado fui una joven sirvienta en un país lejano, al este de aquí, donde pronto me convertí en la favorita secreta del rey. Cuando Jelerak reanimó mi polvo original y llamó a mi espíritu para que volviera a él, aquella pobre muchacha quedó convertida en una imbécil. En un momento de lo más inoportuno, debo añadir: mientras disfrutaba del abrazo real. —Se calló por un momento—. Él nunca lo notó —terminó.

Baran se movió para verle la cara. Se estaba riendo.

—¡Perra! —bramó—. Siempre burlándote. ¡Nunca eres capaz de dar una respuesta clara!

—Te has dado cuenta. Sí. Me complace ser quizá la única persona con algo de conocimiento sobre esa profunda cuestión... y no compartirlo.

Los ruidos irregulares que se acercaban se oían más alto.

—Vaya, ¡mira! Ya se ha despejado. ¡Está dibujando el sexto círculo!

Baran soltó una risita de satisfacción.

—Eso parece. Pero apenas puede mover esa mano. No sé si conseguirá hacer otro. También es posible que se sumerja antes de que lo cojan. Parece que ahora se está hundiendo más rápido.

—¡La niebla vuelve a taparlo! Nunca lo sabremos...

Los ruidos aumentaron su frecuencia y ellos se dieron la vuelta a tiempo de ver un ser de color violeta, con los ojos y las piernas asimétricos, pasar rápidamente junto a ellos en dirección a la estancia que habían dejado.

—¡No entres allí! —gritó en mabrahoring, la lengua de los demonios y los malditos—. Baran, ¡detenlo! No pienso hacerme responsable de las consecuencias si a Tualua le molesta un demonio. Si este lugar pierde su anclaje...

—¡Alto! —le advirtió Baran de un grito, dándose la vuelta.

Pero el demonio, que sostenía un objeto sospechoso junto a la fuente de su risita, se escabulló por un estercolero y bajó a toda prisa hacia el fondo del pozo.

Un instante después, el espacio vacío que quedaba delante de él pareció abrirse con un sonido semejante al que emite la tela al rasgarse, y dejó ver una pequeña área de absoluta negrura. Los esclavos escaparon. El demonio se detuvo, encogido.

Hubo un movimiento en la abertura de la oscuridad. Una mano gigantesca y pálida apareció de allí dentro. El demonio se movió de prisa para esquivarla y replegarse, pe-

ro la mano fue más rápida. Se lanzó hacia delante, lo agarró por el cuello y lo elevó del suelo. Luego se movió, arrastrando con ella la zona de oscuridad, mientras llevaba consigo la carga, que se retorció y se ahogaba. Subió por encima del montón, atravesó la estancia, llegó hasta la entrada y se adentró en el pasadizo.

La mano se acercó a Baran y Semirama y dejó caer el engendro a los pies del primero. Tras hacer esto se retiró a la oscuridad, seguida de un desgarró, y la quietud lo invadió todo de nuevo.

Semirama ahogó un grito. El objeto que el demonio tenía aún entre sus garras era una pierna humana que había estado mordisqueando.

—¡Ha vuelto a ir donde los prisioneros! —exclamó—. ¡Conozco ese tatuaje! Era Joab, el mago gordo que vino del este.

Baran le dio una patada en el trasero a la criatura encogida.

—¡Mantente alejado de esa habitación! ¡No te acerques al pozo! —le ordenó en mabrahoring, señalando hacia el otro extremo del pasillo—. Si vuelves a acercarte allí, ¡toda la ira de la Mano caerá sobre ti!

Volvió a patearla, y de un golpe tumbó a la criatura, que se puso a gemir y apretó la pierna para sí con más fuerza.

—¿Lo has entendido?

—Sí —gimoteó en la misma lengua.

—Entonces no olvides mis palabras, ¡y lárgate de mi vista!

El demonio se marchó por el mismo sitio por el que había venido.

—Pero los prisioneros... —Semirama apuntó de nuevo.

—¿Qué pasa con ellos? —preguntó Baran.

—No podemos permitir que los considere su despensa privada.

—¿Por qué no?